

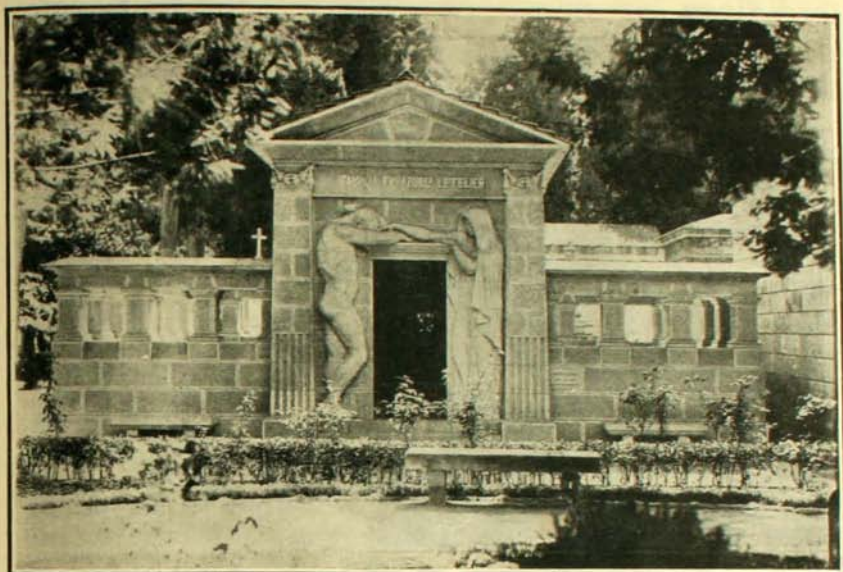
PACIFICO

Febres 1918

PUBLICADO EN PERU

MAGAZINE





Mausoleo de la familia Errázuriz Letelier. Construcción hecha por don Julio Bertrand Vidal.

A la memoria de Julio Bertrand Vidal

Por RICARDO VALDES

—¿Quién es ese joven tan distinguido que estaba con usted? Así me interrogó una señora, una de esas creaturas femeninas que imprimen un sello de idealidad a cuanto expresan, cierta vez que me despedí de Julio Bertrand Vidal para acercarme a saludarla.

¡Ese joven distinguido!... Eso era, justamente como una persona fina que jamás lo había visto supo adivinarlo, el amigo a quien dedico estos tardíos renglones de recuerdo que un quebranto de salud me impidió escribir a la fecha de su fallecimiento prematuro.

Julio era distinguido por natural y por es-

cuela, por gustos innatos y por el desarrollo de su fructífera existencia, útil y helénica, refinada y laboriosa a un tiempo mismo.

Lo conocí cuando era un bello niño blondito que ensayaba los pasos primeros y lo traté con mucha asiduidad en sus últimos años. Supe de su vida de hogar, plácida, de la placidez de los idilios.

Aparte de tan larga amistad, nos ligó una relación de negocios cuyo giro me brindaba frecuentes coyunturas de acudir a su oficina de arquitecto y de apreciarlo bajo la fase de gran trabajador. Nos unían, además, las afi-



Julio Bertrand Vidal.

nidades estéticas, el amor a la pintura y la afición por las antigüedades coloniales. Estoy autorizado, entonces, para esbozar una semblanza del amigo que se fué cuando un bello porvenir le sonreía.

Julio Bertrand era, desde luego, de un físico muy interesante. Pálido y rubio, esbelto y grácil, inclinaba levemente las sienes, cargadas de pensamientos y coronadas por abundosa cabellera de oro. Sus ojos eran azules y profundos; correctos todos los rasgos de su rostro pensativo.

Había en el exterior de Julio una atracción que alcanzaba a interesar aun a los observadores más superficiales. Cierta contraste entre la gravedad de sus maneras, rara a sus años, y la esmerada elegancia de sus vestidos, que revelaba afanes juveniles, atraía la atención de muchas personas que tuvieron oportunidad de conocerlo en la última época de su existencia breve.

La personalidad moral de mi amigo era, como lo he insinuado al comienzo de este recuerdo, plena de interés.

Inteligente y bueno—una conjunción de atributos difícil de encontrar en los humanos, porque la habilidad de muchos seres los inclina al desprecio de los convencionalismos sociales y los induce a portarse con cinismo—tan ilustrado como hábil, tan fino de espíritu como enérgico de índole, Julio era siempre hombre de arte, sin dejar de comprender jamás las realidades de la vida, y práctico siempre, sin perder nunca de vista su calidad de esteta, absolutamente bien determinada.

Resultado de esta feliz combinación de cualidades, fué su vocación por la arquitectura, que es mezcla de arte amable y de trabajo rudo.

Desde muy temprana edad lo habían interesado los estilos y las decoraciones. En el ejercicio de su hermosa profesión debía hallar an-



Casa de don Ricardo Valdés, construída por don Julio Bertrand Vidal.



Casa del senador don Augusto Bruna, construida por don Julio Bertrand Vidal.

cho campo para el despliegue de privilegiadas facultades de hombre de gusto exquisito y de grandes energías.

He tratado a muchos cultores del arte en el curso de los años. Ninguno recuerdo más completo, como artista y gentilhombre, que Bertrand.

Le debo, en su carácter de arquitecto, el agrado de habitar una morada en armonía completa con mis gustos y puedo atestiguar sus dotes profesionales de excepción.

Julio dominó el arte raro de combinar el poético sello de lo antiguo con las necesidades de la existencia prosaica del presente.

No era anticuario por manía, acogiendo toda vejez artística por el solo hecho de ser vieja, sino que adaptaba a maravilla el noble clasicismo de las antiguas construcciones a la comodidad de los habitantes de sus edificios armoniosos. El estilo románico de una fachada airrosa no se oponía en sus proyectos



Casa de don Carlos G. Avalos construida por el señor Bertrand Vidal.

a'l confort interno de la vivienda inglesa, alegre y sana.

Santiago muestra, en uno de sus barrios más luminosos, algunas construcciones de sólido cemento que recordarán por muchos años el arte de mi amigo.

Los humanos están divididos por profundas divergencias acerca del insondable mis-

terio de la muerte. Unos afirman que es término fatal de toda vida y otros la juzgan el comienzo de una vida perfecta de las almas.

No pretendo yo, naturalmente, dilucidar estos problemas, pero al escribir algunas líneas a la memoria de Julio Bertrand Vidal, pienso que algunos muertos siguen viviendo en el recuerdo de los vivos...



Casa de don Ramón Balmaceda, construida por don Julio Bertrand Vidal